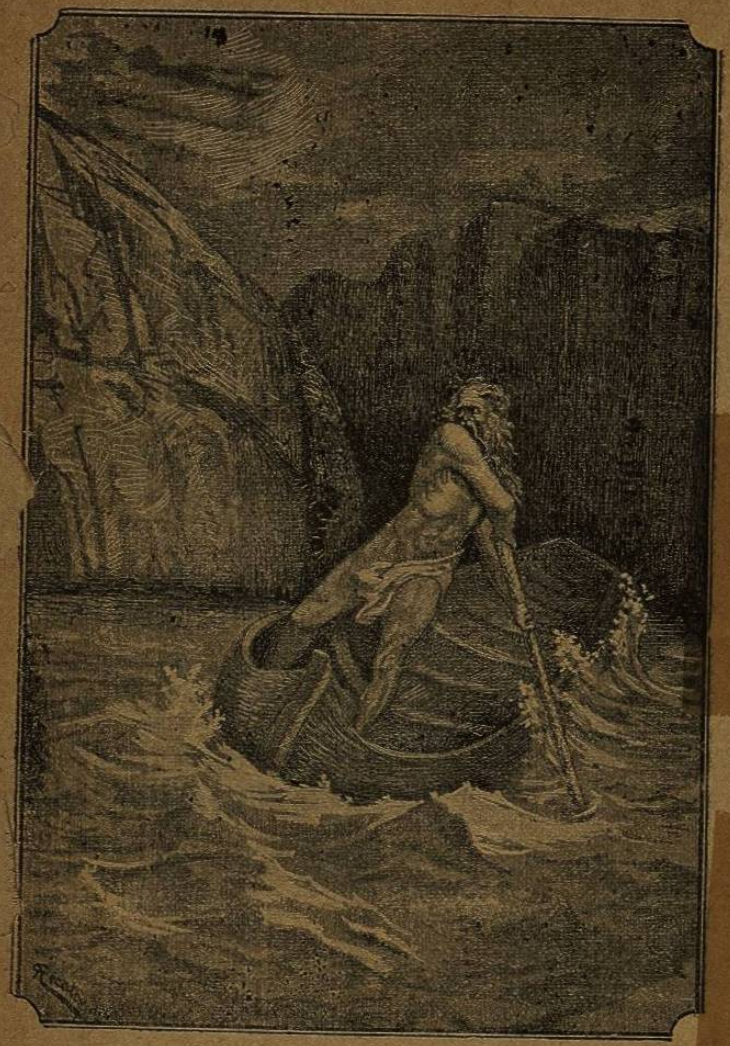

CANTO III—Un anciano de blanca cabellera se dirigió á nosotros en un barquichuelo exclamando: ¡Desventurados de vosotros!

INFIERNO

CANTO PRIMERO

A la mitad de la carrera de la vida se aparta Dante del recto camino, conducido por tres poderosas pasiones: la Lujuria, el Orgullo y la Avaricia.—Beatriz (ó sea la Teología), su amada de la niñez, le remite en su ausilio al gran Génio en poesía (Virgilio), que por medio del estudio de lo bello y grande, le llevará poco á poco á contemplar las cosas celestiales.—Método platónico.—Este poema de detalles oscuros es harto claro en su primordial idea ó en el órden de sus partes.—Virgilio, ó sea la Poesía, irá guiando á Dante al Infierno y al Purgatorio: Beatriz, ó sea la Teología lo guiará en el Paraíso.

A mitad de la carrera de la vida (1) me encontré en una lóbrega é intrincada selva (2), por haberme separado del camino recto. ¡Cuán difícil me será pintar la aspereza de aquel sitio, cuya sola idea renueva mis temores! Era más triste que la muerte. No obstante, procuraré decir cuanto allí ví.

Es casi imposible decir de qué modo penetré en el terrible bosque; tal era el sueño que me dominaba al dejar la buena senda; al llegar al pié de la colina, término del valle que tanto me horrorizó, miré á su cumbre, dorada por los rayos del sol que sin duda nos guia por todo camino; sólo á su vista ces

(1) Dante bajó al Infierno á los 33 años de su edad, en la noche del Jueves Viernes Santo de 1300, y lo recorrió todo en veinticuatro horas.

(2) Símbolo de las pasiones.

algun tanto la angustia de mi corazon en aquella terrible é interminable noche, y á semejanza del náufrago que moribundo sale del mar, y desde la orilla vuelve su vista hácia el

peligroso elemento, así se volvia mi espíritu á considerar el punto del que nunca salió hombre viviente (1).

Despues de haber tomado algun descanso, seguí por la desierta playa (2), procurando siempre sentar el pié más firme. Pero al empezar á subir la cuesta, de súbito se presentó á mi vista una airosa pantera (3), cubierta de una bonita piel á manchas, la cual no apartaba su vista de mí, cerrándome el paso de tal suerte, que intenté retroceder más de una vez.

Ya amanecia; el sol emprendia su carrera en medio de las estrellas de que estaba rodeado, y el divino amor impulsaba á las maravillas de la creacion. La hora de la madrugada y lo magnífico de la estacion, dispertaron en mí el deseo de lograr la linda piel de aquella fiera; pronto sucedió el temor á la esperanza, al presentárseme un leon (4) á los pocos pasos. Al parecer, venia sobre mí, con la cabeza erguida é impulsado

(1) Aquel sitio es el pecado mortal.
Camino de la Virtud.
Símbolo de Lujuria.
Símbolo de la Ambicion y del Orgullo.

la por el hambre; su aspecto era tan siniestro, que creí que retemblaba todo en torno suyo.

Al propio tiempo apareció una loba (1), que en su extenuacion manifestaba tener muchos deseos, y haber ya aniquilado

[illegible]chos ho[illegible]
[illegible] que [illegible]
muc[illegible] hombres. El fuego de sus ojos me embargó en términos [illegible] perdí la esperanza de pasar la colina. Como quien sólo siente el placer de atesorar, y llora cuando pierde, del mismo modo me dejó la aparicion de aquella fiera, retrocediendo pausadamente hácia donde el sol se pone. Segun regresaba hácia el valle, se presentó ante mí uno que parecia mudo, á causa de su prolongado silencio: al punto le grité:—«Quien quiera que seas, compadéceme.» Y respondió:—«Fuí hombre, y dejé de serlo; los autores de mis dias eran mantuanos. Yo nací á lo último del reinado de Julio, y luego habité en Roma, mientras el de Augusto, por los tiempos de los falsos dioses.» Despues dijo:

«He sido poeta, y he cantado al bondadoso hijo de Arquises, venido de Troya, luego de ser entregada á las llamas la orgullosa Ilion; mas tú, ¿por qué no mitigas tu pena? ¿cómo

(1) Emblema de la Avar[illegible]

no vas al magnífico monte, principio de todas las dichas?—¡Oh! le respondí avergonzado, ¿eres tú, Virgilio, inagotable manantial de poesía?»

«¡Ah, honra y luz de los poetas; que el amor y estudio que me han movido á buscar tu obra, sean mi recomendacion ante tí! Tú eres mi amado maestro; tuyo es el divino estilo que tanto lauro me ha dado. Ayúdame, oh sabio, contra esa fiera, que tanto me aterroriza.»

—«Has de seguir distinta senda, me dijo, viendo que lloraba; si deseas salir de este temido laberinto, no ignores que esa fiera que te espanta, no consiente que ningun mortal cruce su camino; es de condicion tan dañina, que jamás consideró satisfechos sus anhelos, y despues de comer queda con más necesidad que antes. Infinitos animales le sirven de alimento, y aun sacrificará muchos más hasta la venida del Lebrel (!), que la matará de dolor. No se mantendrá este de tierra ni estaño fino; su alimentacion será la sabiduría, el amor y la fuerza, será su pátria entre Feltro y Feltre, siendo la salvacion de la humilde Italia, por la que perecieron llenos de heridas Camilo, Turno, Eurialo y Niso.

»Cazará á la loba de poblacion en poblacion hasta restituirla al infierno, del que la Envidia la sacó en otro tiempo. Por tu bien, te digo que acertarás en seguirme, seré tu égida, y te llevaré fuera de aquí á través del eterno reino; allí apercibirás los rugidos de desesperacion y notarás las almas de los condenados que á voces piden segunda muerte.

»Tambien podrás ver los que están satisfechos, en las llamas, aguardando (á su tiempo) tener un sitio en las bienaventuradas sombras; si quieres llegar hasta ellas, te guiará otra alma más digna que la mia, y al apartarme de tí, te quedarás con ella, porque el emperador que allí domina no quiere que me lleven á su ciudad, por haber yo faltado á su ley. En todas partes rige, más allá en lo alto es donde reina; aquello es su gran ciudad y elevadísimo trono. ¡Venturoso el escogitado para su reino!»

Yo: «Poeta, te ruego por ese Dios que no has podido conocer, me libres de este mal como de otro peor que me pueda

[illegible] Scala, señor de Verona, protector de Dante.—Segun co-

sobrevenir, y que me lleves donde dices, para que vea la puerta de San Pedro y á los que yacen en desconsuelo.»

Aquí comenzó á andar, y le seguí.

CANTO SEGUNDO

Sigue Dante á Virgilio, y ambos, entrada la noche, parten.—Invocacion á las musas.—Dante se sobrecoge de espanto á la idea del infernal viaje.—Sosegado al decirle Virgilio que es enviado de Beatriz, se decide á seguir á su guia y maestro.

El dia tocaba á su fin, y lo pesado del aire manifestaba á todos los mortales que debian ya entregarse al descanso; únicamente yo me disponia á los combates del camino, imaginando los asuntos de piedad que iban á ofrecerse á mi vista, y que relatará mi memoria fielmente.

¡Musas, gènio poderoso, venid en mi favor! ¡Oh, memoria que retratas lo que ví, sé noble y leal!

«Poeta maestro, esclamé: mide mis fuerzas antes de precipitarme; tú dices que el padre de Silvio (1) bajó en cuerpo sensible y pútrido al reino inmortal; acaso el enemigo del mal le seria propicio, calculando los hermosos efectos que debiera traer su viaje.

»¡Oh, qué hombres y qué calidades de séres!

»Desde luego no parece indigno á ningun mortal inteligente, ya que habia sido escogido en el empíreo por padre y emperador de Roma. Ambos, en verdad, fueron creados á favor del sacro lugar de mora el sucesor de Pedro.

»En aquel viaje, por el que le ensalza, vió cosas que fueron presagios de su gloria y del manto papal; el vaso de predileccion (2) se elevó hasta el cielo para cimentar la fe, principio de salvacion. Mas yo, ¿á qué he venido aquí? ¿quién me lo permite? Ni soy Eneas ni Pablo, por lo que ante nadie soy merecedor de tal honra.

(1) Eneas.
(2) San Pablo en el Paraiso extasiado santamente.

»De suerte, que al empezar esta empresa temo por mi desvarío; mas tú, que eres tan sabio, comprenderás que no aclaro el sentido de mis ideas. Y á imitacion del que no desea lo que anhelaba, y que por influencia de una nueva concepcion cambia de parecer, olvidando lo acometido, he empequeñecido la empresa con tal denuedo comenzada, al llegar á la aspereza de la subida.»

—«Si he entendido tus palabras, repuso la grandiosa sombra, tu alma es presa del espanto; ¡con cuánta frecuencia se apodera del hombre y le hace cejar en una magnánima idea, precisándole en ocasiones, como al bruto, á volver atrás ante una quimera!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

»Para darte aliento, te diré el motivo de mi presencia, y lo que he sabido en el instante de condolerme de tí. Moraba entre los que ni se han salvado ni se han perdido (1), y fuí lla-

(1) *Che son sospesi:* Están en suspenso ó en el Limbo.

mado por una mujer tan hermosa y pura, que no titubeé en ponerme á su disposicion (1).» Sus ojos eran más brillantes que los luceros, y con armoniosa voz me dijo:

«Alma magnánima de Mántua, cuya gloria vive aun en el mundo, y durará tanto como él, mi amigo, y no de la fortuna, está tan perdido en la playa desierta, que á la mitad de su viaje el terror le ha hecho volver atrás. Temo (por lo que he sabido de él en el cielo) llegar tarde en su socorro.

»Anda, y con tu elocuencia ayúdale hasta lograr que yo consiga algun consuelo. Soy Beatriz, y te digo que vayas. Llego de un paraje al que deseo regresar: Amor es quien me inspira. Al estar al lado de mi dueño, celebraré haberte encontrado á mi paso.» Aquí calló, y yo contesté:

«Gran señora, sólo la virtud que atesoras sobrepuja á la de todos los séres de la humana especie que cubre la bóveda celeste. Tan grato me es tu mandato, que aun habiéndolo ya cumplimentado, creeria tardar: no me vuelvas á indicar tu deseo. Mas dime: ¿es posible que no temas venir á estos sitios, desde lo alto de los inmensos lugares donde deseas volver?»

Voy á calmar tu curiosidad, me dijo, y á manifestarte por qué no temo al venir á estos abismos. Unicamente debe temerse por las cosas que puedan perjudicar á otro, pero no por las que no puedan ser temidas. Por voluntad de Dios, soy de tal especie, que no pueden sumirme vuestras miserias ni cercarme el fuego de ese incendio.

En el cielo existe una mujer (2) que se apena tanto por los peligros de los que te remito, que á su caridad se debe la revocacion del fallo de la Justicia divina. Se ha dirijido en sus plegarias á Lucía (3), diciéndole: «Tu fiel necesita de tí, y yo te lo recomiendo.» Lucía, enemiga de los corazones crueles, enternecida, viniendo al sitio en que yo estaba, al lado de la antigua Raquel (4), me ha dicho así:

«Beatriz, verídica alabanza de Dios, ¿por qué no corres en auxilio del que tanto te adoró y que sólo por tí salió del rebaño vulgar? ¿No escuchas sus quejas? ¿No ves su combate contra las furibundas tempestadas más temibles que las del mar?»

(1) Beatriz, emblema de la teología.
(2) La divina clemencia.
(3) La gracia divina o que ilumina. *Lucia, lux, luz.*
(4) Hija de Laban, esposa de Jacob, emblema de la vida de comtemplacion.

«Nadie fué tan veloz corriendo tras un galardon ni apartándose de un riesgo, como yo al escuchar aquellas palabras. Súbito bajé de mi trono de ventura, y vine volando, esperanzada en la sabiduría de tu palabra, que tanto te honra ante los que la han oido.»

Cuando hubo hablado así, volvió á mí sus llorosos ojos, lo que me hizo partir con más ligereza.

Ségun su voluntad, me he llegado á tí, salvándote de la fiera que te cerraba el paso más breve que conduce al hermoso monte. ¿Por qué, pues, te paras? ¿A qué tanta cobardía en tu corazon, cuando tres benditas personas velan por tí en la corte celestial, y mis palabras te ofrecen tanta ventura?

Segun se animan y entreabren las flores despues de la noche fria, á la salida del sol, así se reanimó mi abatido espíritu, notando penetrar en mi corazon un benéfico calor que me hizo prorrumpir como el hombre más decidido: «Tan caritativa es la persona que te manda, como tú, que tan breve has cumplimentado las palabras verdaderas que te ha dirijido. De tal manera tu voz ha penetrado en mi corazon, que vuelvo á decidirme á emprender el viaje. Anda, pues, y en lo futuro será sólo uno nuestro deseo; tú eres mi guia, señor y dueño.» Cuando acabé, emprendió la marcha y entré en el profundo y solitario camino.

CANTO TERCERO

Ambos poetas arriban á las puertas del Infierno.—Conforme la opinion de Dante, el Infierno tiene forma cónica hácia arriba.—Se compone de un vestíbulo y nueve círculos, que segun se estrechan, crecen los suplicios en intensidad.—A la entrada hallan los poetas las almas sin virtudes ni vicios, continuamente aguijoneadas por millares de insectos.—A Queronte.—Se niega Caronte á pasar alma viviente en su barca, mas acata el mandato de Dios.—Dante es atacado de un sueño profundo.

A la ciudad de los lamentos se va por mí, por mí, al dolor sempiterno; por mí se llega á la raza de los condenados; mi gran arquitecto fué inspirado en la justicia; me construyó el divino poder, la sublime sabiduría y el amor primitivo (1). Nada se creó antes que yo,

(1) Trinidad: Poder, Sabiduría y Amor.

si se exceptúa lo eterno; tambien soy eterno. Los que penetrais aquí dejad toda esperanza.» Estas frases las vi trazadas en caracteres negros en lo más elevado de una puerta, y exclamé: «Duras me parecen estas frases, Maestro.»

Él, como hombre convencido, me contestó: «Es preciso despojarse de todo temor; aquí debe terminar la cobardía.

»Ya estamos en el paraje donde te dije verias las infelices gentes que perdieron el bien de la inteligencia.» Tomó en aquel momento mi mano entre las suyas con tan buen acierto,

que me infundió valor y me instruyó en los arcanos de los secretos. Las quejas, suspiros y llantos que se percibian allí, bajo una bóveda celeste sin estrellas, excitaron mis lágrimas; los diversos idiomas, horribles discursos, imprecaciones, voces destempladas y coléricas, algazara y palmadas, daban forma á una especie de tumulto, que retumbaba contínuamente por aquel espacio, siempre lóbrego, parecido á la arena empujada por el huracan.

Aun poseido por el terror, exclamé: «Maestro, ¿qué es lo que oigo? ¿Qué pueblo es este así abandonado á la desesperacion y al dolor?»

Y me respondió: «Esta es la triste suerte deparada á los vivientes que ni merecieron loa ni desprecio; son confundidos entre los ángeles que ni se rebelaron ni sirvieron á Dios, que vivieron sólo para ellos. El cielo, por no perder su belleza, los arrojó, y el Infierno no los vió con admiracion, porque los causantes no tuvieron gloria alguna.»

Yo objeté: «Maestro, ¿de qué gran dolor se querellan tanto?» A lo que contestó: «Al punto lo sabrás. No poseen la esperanza de otra muerte; tal es su ceguera, que preferirian cualquier suerte á la que les cabe. Ninguna idea tiene el mundo de su existencia; la Justicia y la Caridad los desprecian; y... sigamos adelante, no nos ocupemos más de ellos.»

Yo que observaba con atencion, fijéme en una bandera que se movia con tal rapidez de uno á otro sitio, que no parecia sino que se proponia impedir todo descanso. Tanta gente la seguia, que no pude comprender su destruccion por la muerte. Conocí á algunos, y mirando con más fijeza, ví al cobarde que se negó á cumplimentar el más sagrado deber (1). Pronto tuve la seguridad de que la gran cohorte que tenia delante, era la de los entes tan despreciables á los ojos de Dios como á los de sus contrarios. Los desventurados aquellos, que jamás lograron el placer de la vida, estaban desnudos, y enjambres de avispas y moscas les clavaban sus aguijones sin cesar, brotándoles sangre, que mezclada con sus lágrimas, era devorada á sus piés por inmundos gusanos. Extendiendo más mi vista, observé otras almas á la orilla de un gran rio, y dije á mi Maestro:

«¿Harás la merced de indicarme qué almas son aquellas, y por qué su solicitud á pasar el rio, segun creo ver á pesar de esta ténue luz?» «Te satisfaré cuando pisemos la [illegible] os espí- del Aqueronte (2).»

[illegible] nte. Estos [illegible] tismo; esa [illegible] si antes [illegible] on debida; [illegible] nos [illegible] vir con deseo [illegible]

(1) En opinion de varios comendadores, era Esaú, quien re[illegible] primogenitura; segun otros, era Diocleciano, que renunció el im[illegible] son los juicios formados en este particular; pero la idea más ac[illegible] crímen, Pilatos fué el que se negó á cumplir con el más grande y sa[illegible] beres.

(2) El Aqueronte es el río que se halla á la puerta

Con la vista baja y el rubor en el semblante, no hablé más hasta la llegada al rio, por miedo de hacer preguntas inoportunas. Un anciano de blanca cabellera se dirigió á nosotros en aquel instante en una barquichuela, exclamando: «¡Desventuradas de vosotras, almas malignas! Perder la esperanza de volver á contemplar el Cielo; vengo para llevaros á la orilla opuesta, envueltos de tinieblas perpétuas, do rige el frio y el calor. Tú, que eres viviente y osas venir aquí, auséntate de los que ya murieron.» Mas, observando mi inmovilidad, añadió: «Diferente es el camino, distinto el puesto que ha de llevarte á la playa; no llegarás á ella pasando por aquí; más ligera debe ser la nave que ha de conducirte.»

Mi guia le repuso: «No te alteres tanto, Caronte, es disposicion de donde todo se logra; no quieras saber más.» Estas frases calmaron al formidable y velludo barquero de las tristes lagunas, el que tenia sus ojos rodeados de llamas (1). Desde que las desnudas almas oyeron aquellas frases, cambiaron de color y temblaron. Blasfemaban de Dios, de sus antecesores, de la humana especie, de aquel sitio, de su nacimiento y de los descendientes de sus descendientes.

Juntas y llorando con amargura se retiraron hácia la orilla maldita, en la que sólo es esperado el que no temió á Dios. El horrible Caronte las reunió, y dió con su remo á las más tardías. Segun caen las ojas en el otoño, una de otra en pos, así iba cayendo la raza de Adan á una pequeña señal del barquero, á imitacion del pájaro al reclamo del cazador.

No habian comenzado aquellas almas á cruzar las negras hondas, cuando ya se habia reunido en la ribera que ellas acababan de dejar otra numerosa cohorte. «Hijo, me objetó mi gran Maestro, aquí vienen de todos los países, los que dejaron de existir sin ser acreedores al perdon de Dios; hostigados por la Divina justicia, tienen tal prisa de vadear el rio, que me [illegible] miedo se cambia en deseo. Jamás alma pura pasó por secretos. [illegible] eso Caronte se enfureció contra tí; ya sabes la causa bajo una bóv[illegible]as.»

los diversos i[illegible]sto, el campo de las sombras retembló de tal suerte destemplada[illegible]e espanta su recuerdo; de la tierra del llanto alzóse á una especie [illegible] aquel espacio, [illegible] por el huracan.

(1) [illegible] laguna Estigia, luego el Flegeton, y últimamente el Cocito;
(2) [illegible] Purgatorio, donde se olvidan las faltas.
[illegible] presentes estos versos para su magnífico fresco.

otro viento que llevaba centellas en sus rojizas alas; perdí el sentido y caí como dominado por el sueño.

CANTO CUARTO

Dante dispierta, descendiendo al círculo primero del Infierno, en que está el Limbo.—Allí moran las almas inocentes y buenas, pero que no han sido bautizadas.—Hermosas praderas y verdes bosquecillos donde viven ilustres poetas, guerreros y sabios.

Un estrepitoso trueno me hizo dispertar agitado; me levanté y dirigí una investigadora mirada en torno mio, para ver dónde me encontraba. Ví que estábamos junto al abismo del dolor, tristísimo valle, del que se alzan y confunden mil gemidos, que producen un ruido semejante al estampido del trueno.

Tan profundo, nebuloso y oscuro era el abismo, que en vano busqué su fondo, la vista no lo distinguia. «Bajemos ahora al tenebroso mundo, me dijo mi querido Maestro con el rostro descompuesto y lívido; yo te precederé.»

Mas notando su semblante, le respondí: «Si tú te espantas, ¿cómo podré yo descender? siendo como eres quien anima mi indecision.»

Entonces me objetó: «La pena por las desgracias de los que están ahí abajo, marca en mi rostro un tinte de piedad, que tú interpretas por de terror. Marchemos pronto, pues así lo exige el mucho espacio que debemos recorrer.» Y sin hablar más palabra, entró y me hizo penetrar en el círculo primero, que da vuelta al abismo. A pesar de mi atencion, allí, no llegó á mi oido queja alguna, y sí algunos gemidos que hacian temblar la bóveda eterna, producto del dolor sin sufrimiento de multitud de hombres, mujeres y niños. Aquí me dijo el poeta célebre: «¿Nada se te ocurre preguntar acerca de los espíritus que ves? Quiero enterarte antes de pasar adelante. Estos no han pecado, pero les ha faltado el mérito del bautismo; esa puerta de la fé, en la que tienes tú entera creencia; si antes del cristianismo vivian, no tuvieron á Dios la adoracion debida; yo soy de ese número tambien. Por esto, y sin otro crímen, nos condenamos, siendo nuestra continua pena el vivir con deseo y sin esperanza alguna.»

Estas palabras me afligieron en extremo, por reconocer entre los condenados infinidad de hombres dignos que se

hallaban en el Limbo en suspenso: «Dime, mi sabio Maestro, exclamé al punto, para afirmarme en la fe que triunfa de todos los errores, ¿ninguna de esas sombras, por sus méritos ó el de otros; ha podido salir del Limbo para arribar á la beatitud?»

Para aclararme estas frases oscuras y rebozadas, respondió: «A poco de mi venida á este lugar, vi que llegó á él un poderoso sér, laureado con la señal de la victoria (1); y sacó la sombra del primer hombre, la de su hijo Abel, las de Noé y Moisés, legislador y obediente súbdito. Libró tambien á Abraham, patriarca; á David rey; á Israel (2) con su padre é hijos; á Raquel, por la que tanto hizo Israel, labrando tambien la dicha de otras muchas. Conviene que sepas que antes no podian salvarse las almas.»

Mientras mi guia me hablaba así, cruzábamos el bosque de los espiritus, sin detencion. Ya distábamos muy poco de la entrada del abismo, y observé un fuego que dominaba el hemisferio de las tinieblas, mas no estábamos tan alejados que no viese á las dignas personas que moraban en aquel lugar.

(1) Descenso de Jesús al Limbo.
(2) Jacob.

«Y tú, gloria de las ciencias y las artes, ¿quiénes son esos, cuya honra es tan inmarcesible, que les vale un puesto completamente apartado de los demas?» A lo que me respondió: «La fama que atestigua su nombre allá en lo alto, do tú vives, les valió esta gracia del Cielo, que de esta suerte los distingue.»

Entonces percibí una voz que decia: «Honra al magnífico poeta (1); mirad su sombra, que nos visita luego de habernos dejado!» La voz dejó de oirse, y entonces vi que se nos dirigian cuatro grandes sombras, sin rostros que denotasen tristeza ni alegría. Mi maestro me dijo en el acto: «¿Ves el que va delante de los otros tres, espada en mano, cual si fuera el jefe? Es el príncipe de los poetas. Homero; le sigue Horacio, el satírico; el tercero es Ovidio, y el otro Lucano; todos y cada uno merecen, como yo, el renombre que ha repetido la unánime voz; bien hacen al dispensarme esta honra.»

De esta suerte vi reunida la divina escuela del príncipe del sublime canto, que cual águila vuela sobre todos los demás. Despues de hablar entre sí, se volvieron y me saludaron de un modo que hizo sonreir á mi Maestro; en seguida me dispensaron nuevo honor, dándome cabida en su compañía, de manera qus fuí el sexto entre aquellos célebres genios. Fuimos adelantando hácia la luz, conversando sobre cosas que conviene tanto callar aquí, como publicarlas en el sitio en que nos encontrábamos. Arribamos á un fuerte y noble castillo, circuido por siete órdenes de murallas, defendido por las aguas de un claro riachuelo (2), que cruzamos sin mojarnos, cual por tierra firme; entré en él á mi vez con los siete sabios, por otras tantas puertas, encontrándose luego en un ameno prado. Tambien se encontraban allí varios personajes de mirada grave y tranquila, y cuyo aspecto denotaba grande autoridad; sus voces eran dulces y hablaban muy poco. Nos retiramos á un lado de la pradera, en un sitio elevado y luminoso, desde el que podia ver todas aquellas hermosas almas, y aun me estremece de placer la ventura que su vista me proporcionó.

(1) Virgilio.
(2) Segun opinion de Clairion, este castillo es la fama imperiosa que adquieren los poetas por sus obras. Las murallas indican las siete virtudes: Justicia, Fortaleza, Templanza, Prudencia, Inteligencia, Sabiduría y Ciencia. El riachuelo significa la elocuencia.

Vi á Electra (1) con varios compañeros, entre los cuales reconocí á Hector y Eneas, lo mismo que á César, con su mirada de Argos, y bien armado. En otro sitio observé á Camilo y Penteliseo, como al rey Latino, sentado junto á su hija Lavinia: ví tambien á aquel Bruto que arrojó á Tarquino, y á Lucrecio, Julio, Marcio, Cornelio; Saldino tambien estaba, aunque solo y apartado. Alzando algo más la vista, noté al universal Maestro del saber (2) sentado en el centro de un gran número de filósofos: todos le rendian homenaje y admiracion; ví tambien á Sócrates y á Platon, que son los que tenia más cercanos. Estaba Demócrito, que hizo salir al mundo casualmente. Anaxágoras y Thalés Empedocles, Heráclito y Zenon. Miré al observador de la cualidad, Dioscórides (3); así como á Orfeo, Tulio, Lino y Séneca el moralista; el geómetra Euclides, Ptolomeo, Hipócrates, Avicena, Gallieno y Averrhoes, gran comentarista (4).

En vano los querria recordar todos: el asunto que debo seguir, á mi pesar me arrastra, y el tiempo y las palabras son breves. La compañía de los seis pronto se redujo á cuatro: mi sabio guia me llevó por otro camino, en el que el aire, en lugar de estar inmóvil, retiembla, y luego llegamos á otros parajes, en los que no irradia resplandor alguno.

---

(1) Madre de Dardano, padre de Eneas, que fundó el imperio romano.
(2) Aristóteles.
(3) Escribió sobre los vegetales.
(4) Hizo el de Aristóteles.

CANTO QUINTO

Segundo círculo, do están los lujuriosos.—Agitados por los vientos, vagan errantes sin cesar.—Minos es juez de las almas.—Halla Dante á Francisca de Rimini y á su amante Pablo.—Al conmovedor relato de su desdicha, se desmaya el poeta.

Descendimos del primero al segundo círculo, menos espacioso, pero más doloroso; tanto, que arranca ayes desesperados. El horroroso Minos reina en él, rechinando los dientes; él juzga las faltas de los que allí acuden, y decreta su condenacion con un movimiento de su cola. Cuando se le presenta una alma pecadora y le hace confesion de sus crímenes, aquel implacable inquisidor le señala el puesto que en el Infierno le corresponde, ciñéndose con su cola tantas veces cuantos sean los grados inferiores á que debe enviarse.

Innumerables almas que constantemente acuden á su juicio, una de otra en pos, hablan, oyen, y por último las arrojan al abismo. «¡Oh, tú, que llegas á la mansion desesperada, me objetó Minos al contemplarme, parando en sus graves juicios, calcula cómo penetraste aquí, ve en quién fias y no te equivoque la latitud del sitio.»

Mi guia le respondió: «¿A qué alborotas de esta suerte? No hagas oposicion á su viaje, dispuesto por el destino, pues así lo quieren en lo alto, donde es el poder más fuerte; no indagues más.»

Pronto oimos las quejas de varias voces; ya estábamos en el sitio en que los lamentos horrorizan el alma, y penetramos en un lugar exhausto de toda luz, que brama cual el mar al hallarse combatido por contrarios vientos. La infernal borrasca, en su perenne curso, arrastra los espíritus, los atormenta